

Murcia: Un mes. . . . 1 peseta.

Resto de España, un trimestre. . . . 3 50 id.

Precio de la venta

6 céntos. ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4. - MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

MURCIA.-Lunes 11 de Febrero de 1907

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TAMAÑO.

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GHIROS
DEBEN DIRIGIRSE
AL DIRECTOR GERENTE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

Núm. 140

EL CARNAVAL

Se ha abierto un breve paréntesis en la forzada adustez de los días ordinarios. El dios Regocijo, unido a la diosa Locura, triunfa en los campos cerrados hoy a la seriedad reposada de los quehaceres acostumbrados, apoderándose de todos los caminos que conducen al inflexible imperio de la razón y tomando por sorpresa a las personas que se le resisten. Hoy el juicio reflexivo, extrañado por extraño, se oculta temeroso, dejando que la contagiosa locura carnavalesca unifique a tantos espíritus de tantos seres como salen con parecidas intenciones; hoy sólo triunfa la irreflexión, que es la hermana mayor del ser humano.

El retozo enfermizo de las máscaras, produciendo alborozo en unos, ira en otros, curiosidad en aquellos y mal reprimida satisfacción en éstos, lleva por las calles, por los paseos, por la ciudad un soplo de gozosa inquietud, de júbilo morboso, que toma formas variadas al cambiar de personajes y de sitios. Se nota en las personas cierta especie de intrepidez descontentadiza, que las empuja a gustar de los placeres que ofrece la verdad dicha con antiferes, los hechos ofrecidos descarnadamente.

En el gran cinematógrafo social aparecen tipos y tipos; unos, como son en la realidad; otros, como hacemos que sean. Pero todos conservan su distintivo genérico: la careta.

La máscara, como en el discurso de la vida ordinaria, es el complemento forzoso de las personas ahora. Sin ella, perdido el gusto de poder calumniar, de poder injuriar, de poder mentir, no habría carnaval posible. Con ella, existiendo tal satisfacción, todo es júbilo, contento, alegría. Entre los derechos más legales de los humanos figura el de hacer tonterías; el carnaval es uno de ellos.

Parece que las personas, si no sufren los porrazos cariñosos de los enmascarados, si no tragan polvo en las calles, si no se estrujan, si no se pisotean, se encuentran a disgusto. Y ese disgusto, que resulta inexplicable, se hace más hondo, más fastidioso, cuando, después de un día de descomulgante ajeteo, con la llegada de la noche se responde a la interrogación de las bromas sufridas: no me ha embromado nadie, como dando a entender que ha sido un día tonto, perdido; un día que no debe figurar en nuestro *debe* con la eternidad; un día que giramos contra nuestro pasivo de vida.

Pero no hay que desesperanzar. El pesimismo, pese a su razón, no logrará vencer a nadie. Eso bueno tienen las personas: para ellas las razones no tienen ninguna. Harán como que se divierten los tres días, darán muchas bromas, dirán que se han divertido y concluirán por sentir el aburrimiento adinerante a todas las farsas prolongadas. De todos modos no hacen más que honestar con un disfraz lo que realizan todo el año.

PLUMAZOS

EL GARROTE, MEDICINA MORAL

Para convencer a los militares blasfemos de que conviene hablar bien, se empleaba aquí, antaño, un razonamiento fácil e incontrovertible, que consistía tan sólo en talarles la lengua con un hierro candente. No hay noticias de que ningún contumaz desmintiese la eficacia de tan ingenioso proceder: unos morían, y otros, menos exagerados, se quedaban mudos. Para ciertos pecadillos contra la disciplina, las correcciones eran de blandura maternal. La «carrera de baquetas», ó dígame apaleamiento melódico y hasta artístico, grababa en la piel, con los azotes verdaderos, el respeto a la disciplina. Las Ordenanzas militares, previsoras y discretas, disponían que los cabos usasen una varita de avellano del grosor de un dedo. Como se ve, no se gustaba de las exageraciones ni de los abusos.

El ministro de Justicia de Dinamarca ha implantado en lo civil la carrera de baquetas, y el éxito conseguido le alborozó. Desde que se averiguó que a pesar de la conciencia los criminales vienen contentos y que engordan, muchos suponen que un palo bien esgrimido vale por cualquier excelente conciencia. Los instintos humanitarios tienen valor insignificante siempre que los estimula la contemplación de un fornido por de puños. Todos sabemos ya que a veces no hay más acabalado Código de moral

que un revolver de seis tiros. Este razonable criterio, que cambia de sitio a determinados sentimientos, ha convertido el garrote en agente de la ley danesa y abre amplios horizontes al Derecho. La honrada crece en proporción directa con el rigor empleado en el balance. Los que no saben que Jehová mandó no matar, y que a ciertos señores togados les indigna que se robe, recuerdan que es desagradable tener aporraceado el cuerpo. He aquí, por donde, al cabo de algunos siglos de predicar el evangelio de la dulzura, se evidencia que los hambres son mas juiciosos de lo que parecían.

Campoamor dijo que el acierto de los legisladores consistía en no dar derechos al

que necesitaba un bozal, ni dar un bozal al que necesitaba derechos. Por lo visto, el bozal es insuficiente, y hay que pedirle a la razón humana medios de defensa menos platónicos. Quizá progresando la democracia se venga en conocimiento de que lo único provechoso que se inventó en materia represiva fueron las hogueras y los baños de pez hirviendo inquisitoriales, y que la Humanidad solo es buena cuando se la maltrata y útil cuando se la destruye. Los legisladores son los encargados de imitar al diablo, extrayendo de la lógica las últimas consecuencias.

AUGUSTO DE VIVERO

CRITIQUELLA

“EL ABUELO”

Sea por comodidad de quien utiliza el procedimiento, sea para facilitar al lector el trabajo de comprensión ó sea por imposibilidad de realizarlo de otro modo, es lo cierto que la mayor parte de los críticos al uso no analizan ninguna obra artística, literaria, musical ó pictórica, sin hacer comparaciones con otras ya conocidas y estudiadas, con las cuales establecen la relatividad de sus juicios.

Así el realismo de algunos pintores en tal ó cual lienzo de Velázquez ha de encontrar origen; así la instrumentación de músicos modernos se ha podido apreciar relacionándola con la peculiar de Wagner, y así el naturalismo de novelistas actuales ha de conexionarse con el predicado por Zola para juzgar de su mérito.

Como no sé si el susodicho procedimiento es bueno ó malo, déjolo por ignorado fin práctico y a mis impresiones me atengo pes que sean según los demás, que a mí, fuera gollería, pedir que me lo parecieran. Digo todo esto, a propósito de lo que sucedió cuando hace dos años se estrenó *El Abuelo* de Pérez Galdós. Español hubo que, sin saber hasta entonces que en el mundo había existido un inmortal dramaturgo llamado Shakespeare, conocedor como nadie de las pasiones humanas, aprendió la vida y milagros de *El Rey Lear* con más lujo de detalles que si de la de su familia se tratara.

Hay que advertir que *El Rey Lear* no se parece en nada al de *Arista Potestad*. Es decir, se parecen en que son inmensamente grandes, pero no es cualidad muy propia de la grandeza para establecer semejanzas: se parecen en que la tragedia de sus almas radica en multitud de sus detalles íntimos, pero no es la cantidad de éstos buena determinante de igualdad: se parecen en que no han utilizado sus autores ningún nudo dramático para concentrar la acción hasta el mayor grado de intensidad, pero no es la potencia cerebral de los autores factor aprovechable para hacer comparaciones.

Quédese, pues, *El Rey Lear*, para una de tantas pruebas como dió Shakespeare desear el primer dramaturgo de su tiempo, incapaz de quedar reducido a los límites de su vida material, y veamos a *El Abuelo* como suprema manifestación de la personalidad colosal que se llama D. Benito Pérez Galdós.

¿Tiene la obra eso que se ha dado en llamar «tesis»? En *El Abuelo* hay ideas efecicadas y hay preguntas de concepto, para que sean contestadas por aquellos que sepan desposarse de los prejuicios convencionales con que continuamente se nos quiere aborrojar la inteligencia.

De los fundamentales, de los calificadores, de aquellos sobre los cuales nadie ha vacilado nunca en condenar, un hecho principalísimo hay en el drama de Galdós que todo el mundo calificará y calificará de malo: el de que *Lucrecia Richmond* fué adúltera, con una hija consecutiva al adulterio. Esa hija adúltera, esa viva deshonra de la casa de *Albril*, esa inocente causa de que muera el marido de su madre, esa muestra constante de un delito de liviandad, esa engendradora de la atormentante duda que padece su abuelo, esa consecuencia del crimen... es, sin embargo, la única capaz de producir un hecho activo bueno. Mediten, ahora, los que quieran, y contesten a Don Pío Coronado cuando pregunta si «el mal es el bien».

Si esa pregunta es tesis, tesis hay en la obra, y si tesis se quiere llamar a la caricatura que hace Coronado del concepto del honor (al que todos creen conocer y nadie sabe delinear), y el hecho de arreprentarse Lucrecia Richmond de sus pecados sexuales, y al cullo que rinde el *Conde de Albril* a la tan cacareada pureza de sangre (como si ésta tuviera pergaminos por principios activos ó inscripciones bautismales por líquido vehículo), y tantas otras ideas sustentadas y hechos presentados en tan complejo como sencillo drama, tesis en abundancia colocó Galdós en su *impecadero Abuelo*.

Pero Galdós no pertenece a la clase de los que quieren resolver cuestiones didácticas en sus dramas. Lo que hace Galdós, ya lo tengo dicho: ser profundamente humano en cuanto a los individuos y humanizar las ideas en cuanto, para fines educativos, puedan ser representadas por uno de esos personajes que él solo sabe crear, con la fuerza artística que la Naturaleza quiso concederle.

No será yo tan profanador de lo grande que me ponga a describir el argumento de *El Abuelo*, ni será tan inocente para señalar cada una de las maravillosas escenas que avaloran la obra. Y no haré ninguna de las dos cosas porque, en primer lugar, las obras de Galdós no se fundan jamás en uno de esos cuentecillos que son susceptibles de ser referidos por agena mano, y en segundo lugar, porque, no siendo mi propósito revistar obras ya revistasas, limito mi acción a enunciar unos cuantos pensamientos que, bien ó mal avenidos, me sugieren las obras que Enrique Borrás está representando en nuestro Teatro Romea.

Además: si yo me pusiera a escribir todo cuanto se me ocurre cuando pienso en aquél contraste dramático entre la tormenta que agita la atmósfera con sus truenos, sus relámpagos y sus rayos, y la terrible tempestad que ruge en el cerebro del *Conde de Albril* tratando de resolver lo que considera finalidad única de su existencia, en abierta lucha con su ceguera física y su carencia de datos..., tendría que emplear mucho tiempo, hora tras hora.

Y si quisiera comentar la fiteza de carácter del mismo *Conde*, altanero hasta en sus humillaciones, y la filosofía del sin par *Coronado*, nuevo «Sancho» de estos tiempos, y el realismo de *Venancio*, y la enorme tensión que produce la imprecación del final del acto, primero y la verdad de líneas con que dibuja Galdós a *Lucrecia*, incapaz de revelar su secreto, aún después de arreprentada, más que por extraña persona, y la hermosura de pensamientos derrochados en el quinto acto, y la lógica consecuenca en todas las acciones, de *Sanén*, y el valor que representa hacer verter lágrimas a un público que no presencia más que las dudas íntimas de indole legendaria en un educado anciano, y...

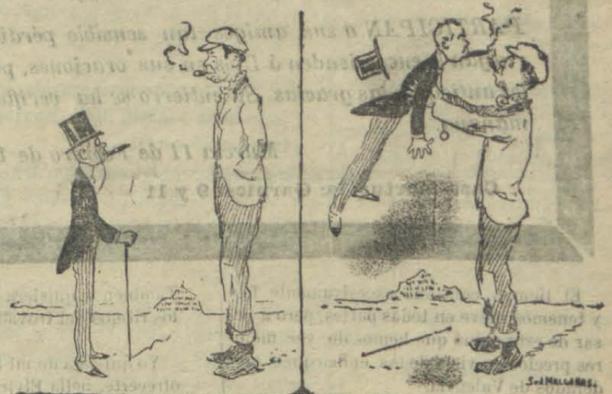
No sigo, ni quiero seguir. Perdóneme Galdós y perdóneme su *Abuelo* que haya intentado poner mano en ellos, sirviéndoles para que me otorguen lo que les pido, el hecho de no haber pasado del intento.

En cuanto a mis lectores no pueden echarme nada en cara. Les confesé que se obscurcen mis entendederas cuando pretendo escribir algo sobre Galdós, y les he demostrado que dije la verdad.

Mr. FOUET

EL DEMÓCRATA se halla de venta en el kiosko de la Plaza de Joufré.

EN LA VIA PÚBLICA



—¿Me da Vd. lumbre?
—¡Anda, ya lo creo! Anda... el señorito... que si no no va a alcanzar.
—¡Rediez con el tio! ¡Qué targarina!

EXTRANJERAS

ARGENTINA

Para los americanos, por lo visto, acatar largo tiempo la voluntad del jefe nacional es cosa tan difícil como risible. Todos, los que más y los que menos, al nacer, se sienten predestinados a engrandecer su país, y para ello no reconocen más suficiencia que la propia. Y esto, que en un individuo aislado no es de temer, en todo un país es formidable. De ahí que sean tan frecuentes las sublevaciones.

El movimiento revolucionario estallado hace días en la Argentina, obediendo a esas causas, no es de extrañar. Lo que sí es raro es que no se hayan decidido a sublevarse mucho antes. Para los americanos eso es sencillísimo, ya que no de éxito seguro. Los grandes proyectos trazados por el gobierno, que se muestra capaz de llevarlos a la práctica, alarmándolos en un principio, los ha traído a la exacerbación actual, y de ahí tenían que salir necesariamente con lo de siempre. Para algo han de tener esa volubilidad española que hace comeler incontinentemente las mayores barrabasadas, yo que, como de costumbre, redundan en perjuicio de los que menos lo esperaban.

En América, consentir hoy que un gobierno no lleve a realización los proyectos que en día de elecciones entusiasman a sus partidarios, es cosa rayana en lo imposible, que no tolera el país. Para ellos eso es una usurpación de la voluntad del pueblo, que, como há dicho un escritor peruano, no puede admitir superioridad alguna sobre la suya. De ahí que el país se escandalice cuando se quiera hacer algo y que acuda a las armas para defender a viento y marea sus supuestos derechos.

En la Argentina, a pesar de todo, el partido revolucionario no dá muchas muestras de vida. Con su número de círculos mayor que el de los gubernamentales, el partido se ha limitado a conspirar contra los gobiernos, pero sin hacer nada más, sin tratar de derribarlos por la fuerza. Ahora, róto el fuego, hay que aguardar a ver en qué terminan, aunque es de presumir que en nada.

C. de V.

EL BANQUETE DE AYER

Ayer tarde a la una, con gran concurrencia, se verificó en el gran Hotel Universal el banquete con que el comercio murciano y los elementos conservadores obsequiaron al nuevo alcalde D. Gerónimo Ruiz, presidente de la Cámara del Comercio de Murcia.

El menú, compuesto de ostras del Cantábrico, tortilla de espárgos, paella a la valenciana, merluza al gratén, menestra, rosbif a la inglesa con berros, dulce variado, entremeses, café, habanos y vides linto, blanco y champagne, fué espléndida y abundantemente servido en dicho sitio, llevando a todos los comensales la completa convicción de que el famoso hotel es el mejor de la capital, como ya en veces diversas se ha probado.

Para elogiar debidamente el banquete no hay más que decir sino que fué preparado por D. Gregorio Barnes, que sabe lo que tiene entre manos. Los organizadores deben de estarle muy agradecidos, pues parte del éxito alcanzado se lo deben a él. Asistieron los Sres. D. Francisco Sampe-

re, D. Ramón Servet, D. Rafael Casalins, D. Marcelino Bagnasco, D. Francisco Flores, D. José María Valcarlos, D. José Abellán Alcántara, D. Eduardo Monteverde.

D. Juan Antonio Garrigós, D. Enrique Carmona, D. José Asensio, D. Antonio Garro, D. José Palazón, D. José María Hilla, D. Rosendo Ferrán, D. Santiago Martínez.

D. José Martínez Tornel, D. José Franco López, D. Pedro Navarro Martínez, D. José López Molina, D. Baldomero Rodríguez, D. Pedro Cerdán, D. Francisco Amorós.

D. José J. Alburquerque, D. Emilio Díez Vicente, D. José Antonio Clares, D. Salvador López Soler, D. Sandalio Rosique, dor Angel Gimenez, D. Mateo Seiquer (Almela), D. Eladio Nolla, D. Antonio Zamora, dor Vicente Perez Marin.

D. Facundo Grech, D. Juan Fernandez, D. Julio Gascón, D. José Gascón, D. Francisco Mateos, D. Francisco Soler, D. Francisco Atienzar, D. José María Ruiz-Funes.

D. Andrés Mata, D. José Quer Parra, dor José María Martínez Zamora, D. Pedro Arroniz, D. Ricardo Cantó, D. Matias Sanche, D. Mariano Ruiz Funes, D. Antonio Córcoles.

D. José María Hilla Sala, D. José Martínez Hilla, D. Mariano Arroniz, D. Ramón C. Erades, D. Gregorio Meseguer, D. Ricardo Meseguer, D. Ricardo Blazquez.

D. José Servet Brugarolas, D. José Echegarria, D. José y D. Sebastian Servet, dor José Guaita, D. Juan Antonio Hernandez, D. Federico Díez, D. Miguel Garcia, D. Miguel Caballero.

D. José Clemares, D. Juan Quer, dor Eduardo y D. Emilio Cortés, D. Antoni Lopez Hilla, D. Alejandro Martínez.

Representando a la prensa estaban dor José Martínez Tornel y D. Ginés Miqué por «El Liberal»; D. Nicolás Ortega, por «La Verdad»; D. Francisco Campoy Peña, por «Región de Levante»; y D. Rodrigo de Vivero, por EL DEMÓCRATA.

Inició los brindis el Sr. Garro, con unos versos al alcohol, siguiéndole el Sr. Navarro, que propuso que se dirigiera un telegrama al Sr. Lacierva, que fué redactad después por el Sr. Martínez Tornel.

A requerimientos de los comensales, habló éste señor, abogando por la unión del comercio murciano, que ha dado una prueba gallardísima de virilidad rindiendo estributo de cariño al presidente de la Cámara.

Después manifestó que, puesto que había nuevo alcalde, las fiestas de Abril morirían y que por lo tanto tenía que salir de allí el presidente del Entierro de Sardina.

Con resonantes aplausos se arrojaron estas palabras, dirigiéndose a D. José Abellán, que aceptó el cargo, dando las gracias por su designación.

Luego el Sr. Ortega habló para ofrecer su concurso en todo aquello que no de acuerdo de sus ideas, proponiendo por último el Sr. Servet que se enviase un ramde la mesa a la señora del Sr. Ruiz, con se hizo.

El banquete ha sido una muestra brillante de las simpatías con que el comercio en general ha visto la designación de su probo presidente para el primer cargo municipal.

Revista de mercados

LONDRES

Naranja.—En venta ayer unas 8,000 cajas de Denia y Valencia de los vapor «Santa Florentina», «Garnet» y «Sergovia».